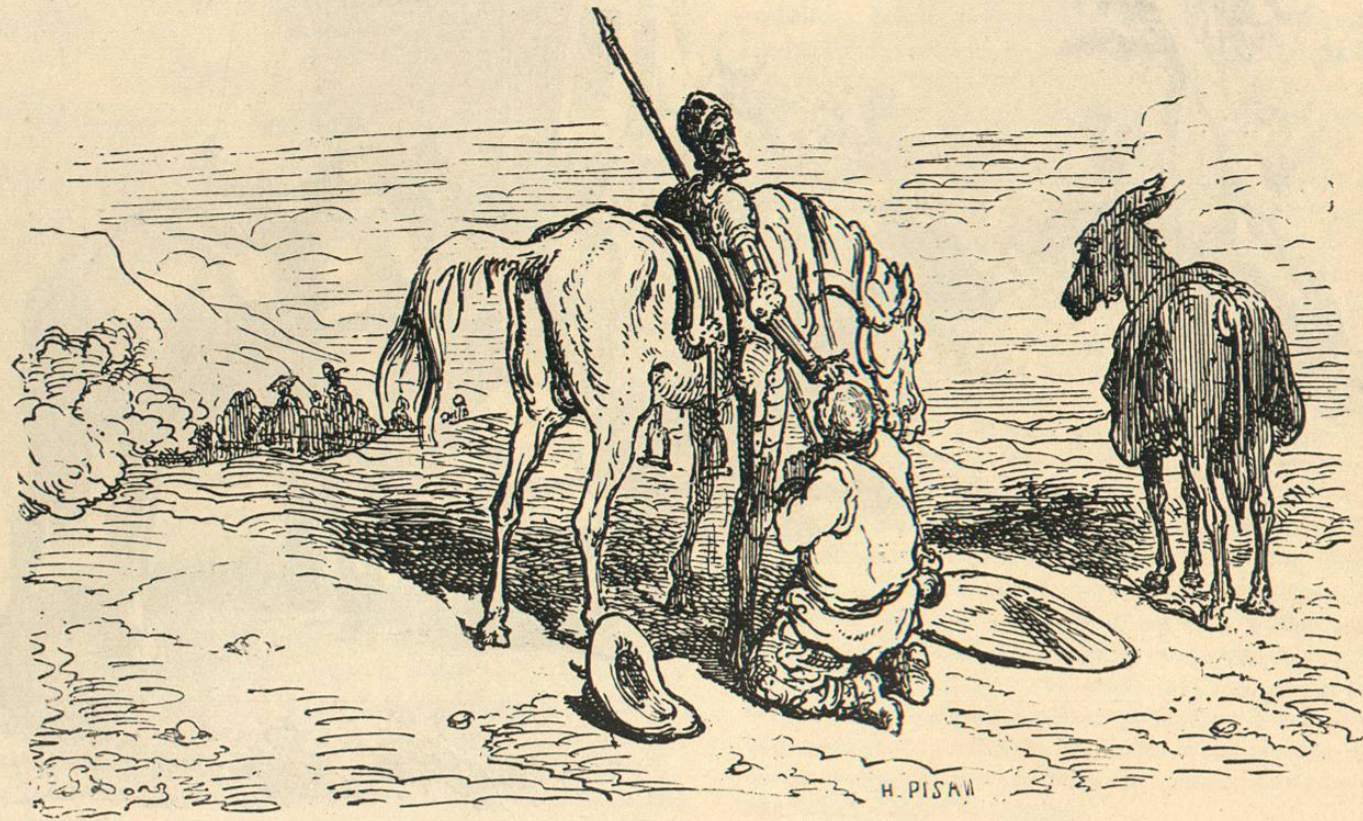


cumplió lo que se le dejó ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito.

—Has hablado y apuntado muy bien, respondió Don Quijote, y así anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágolo y confirmolo de nuevo de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena



como ésta, á algún caballero. Y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto, que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mismo pasó al pie de la letra, sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante.

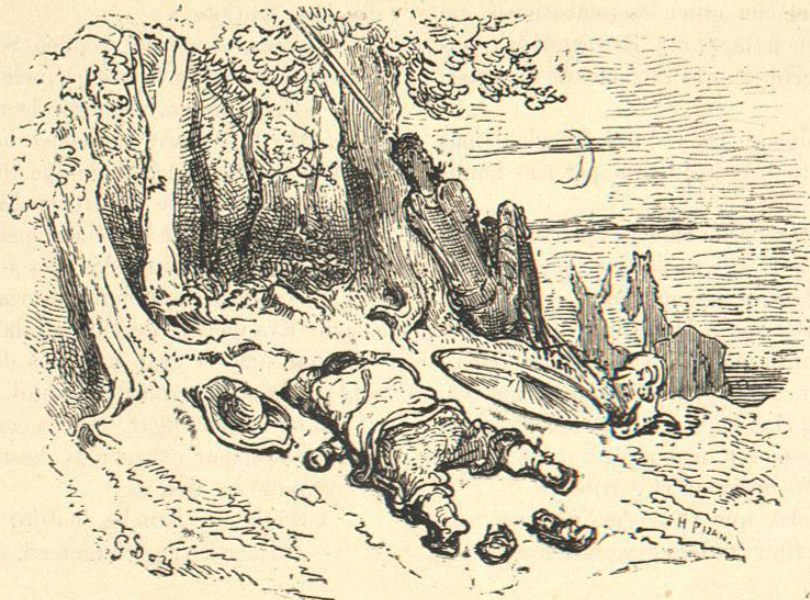
—Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mío, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia: si no, dígame ahora, si acaso en muchos días no topamos hombre armado con celada, ¿qué hemos de hacer? ¿Hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades como será el dormir vestido y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenía el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no sólo no traen celadas, pero quizá no las han oído nombrar en todos los días de su vida.

—Engañaste en eso, dijo Don Quijote, porque no habremos estado dos horas por estas enrucijadas, cuando veamos más armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica, la bella.

—Alto pues, sea así, dijo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego.

—Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y más, que por ser en tierra firme, te debes más alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas, que comamos, porque vamos luego en busca de algún castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja.

—Aquí trayo una cebolla y un poco de queso, y no sé cuantos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced.



—¿Qué mal lo entiendes! respondió Don Quijote: hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren más á mano: y esto se te hiciera cierto, si hubieras leído tantas historias como yo; que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacían, y los demás días se los pasaban

en flores. Y aunque se deja entender que no podían pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, hase de entender también que andando lo más del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su más ordinaria comida sería de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios.

—Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé, ni he caído en las reglas de la profesión caballeresca, y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más substancia.

—No digo yo, Sancho, replicó Don Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su más ordinario sustento debía de ser dellas y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocían y yo también conozco.

—Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas, que según yo me voy imaginando, algún día será menester usar dese conocimiento. Y sacando en esto lo que dijo que traía, comieron los dos en buena paz y compañía. Pero descosos de buscar adonde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida: subieron luego á caballo, y diéronse prisa por llegar á poblado antes que anochebiese; pero faltóles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí; que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierta, por parecerle que cada vez que esto le sucedía, era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.



## CAPITULO XI.

De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros.

FUE recogido de los cabreros con buen ánimo; y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra, que, hirviendo al fuego, en un caldero estaban. Y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha prisa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenían. Sentáronse á la redonda de las pieles cinco dellos, de seis que eran los que en la majada había, habiendo primero, con groseras ceremonias rogado á Don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse Don Quijote y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dijo:

—Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala.

—Gran merced! dijo Sancho, pero sé decir á vuestra merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y á mis solas, como sentado á par de un emperador. Y aun si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón, sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy, siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que estas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio desde aquí para el fin del mundo.

—Con todo eso, te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza; y asíéndole por el brazo le forzó á que junto á él se sentase.

No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, no hacían otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las saledas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso, más duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan

á menudo, ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria, que con facilidad vacía un zaque de dos que estaban de manifiesto.

Después que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones:

—Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la feliz cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de vallé en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestido de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra: y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra, entretejidas, con lo que quizás iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se declaraban los concetos amorosos del alma, simple y sencillamente, del mismo modo y manera que cía los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas





“Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados;

y señoras, sin temer que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no esta segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios ó por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligación, me acogistes y regalastes, es razón que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra.

Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar), dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron á la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuvieron escuchando.

Sancho asimismo callaba y comía bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque. Más tardó en hablar Don Quijote que en acabarse la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo:



—Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro, que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo, sabe leer y escribir, y es músico de un rabel, que no hay más que desear.

Apenas había el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oídos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta veintidós años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si había cenado, y respondiéndole que sí, el que había hecho los ofrecimientos le dijo:

—Desa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que también por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien.

—Qué me place, respondió el mozo; y sin hacerse más de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar, diciendo desta manera:

ANTONIO

Yo sé, Olalla, que me adoras,  
muerto que no me lo has dicho  
ni aun con los ojos siquiera,  
andas lenguas de amoríos.

Porque sé que eres sabida,  
en que me quieres me afirmo;  
que nunca fué desdichado  
amor que fué conocido.

Bien es verdad que tal vez,  
Olalla, me has dado indicio  
que tienes de bronce el alma,  
y el blanco pecho de risco.

Mas allá entre tus reproches  
y honestísimos desvíos  
tal vez la esperanza muestra  
la orilla de su vestido.

Abalánzase al señuelo  
mi fe, que nunca ha podido  
ni menguar por no llamado  
ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesía,  
de la que tienes colijo  
que el fin de mis esperanzas  
ha de ser cual imagino.

Y si son servicios parte  
de hacer un pecho benigno,  
algunos de los que he hecho  
fortalecen mi partido.

Porque si has mirado en ello  
más de una vez habrás visto  
que me he vestido en los lunes  
lo que me honraba el domingo.

Como el amor y la gala  
andan un mismo camino,  
en todo tiempo á tus ojos  
quise mostrarme polido.

Dejo el bailar por tu causa,  
ni las músicas te pinto,  
que has escuchado á deshora  
y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas  
que de tu belleza he dicho,  
que, aunque verdaderas, hacen  
ser yo de algunas malquisto.

Teresa del Berrocal,  
yo alabándote, me dijo:  
Tal piensa que adora un ángel,  
y viene á adorar á un jímio;  
merced á los muchos dijés  
y á los cabellos postizos,  
y á hipócritas hermosuras,  
que engañan al amor mismo.

Desmentíla, y enojóse;  
volvió por ella su primo:



desafióme, y ya sabes lo que yo hice, y él hizo.

No te quiero yo á montón, ni te pretendo y te sirvo por lo de barraganía, que más bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia, que son lazadas de sirgo: pon tu cuello en la gamella, verás cómo pongo el mío.

Donde no, desde aquí juro, por el santo más bendito, de no salir destas sierras sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque Don Quijote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oír canciones. Y así dijo á su amo:

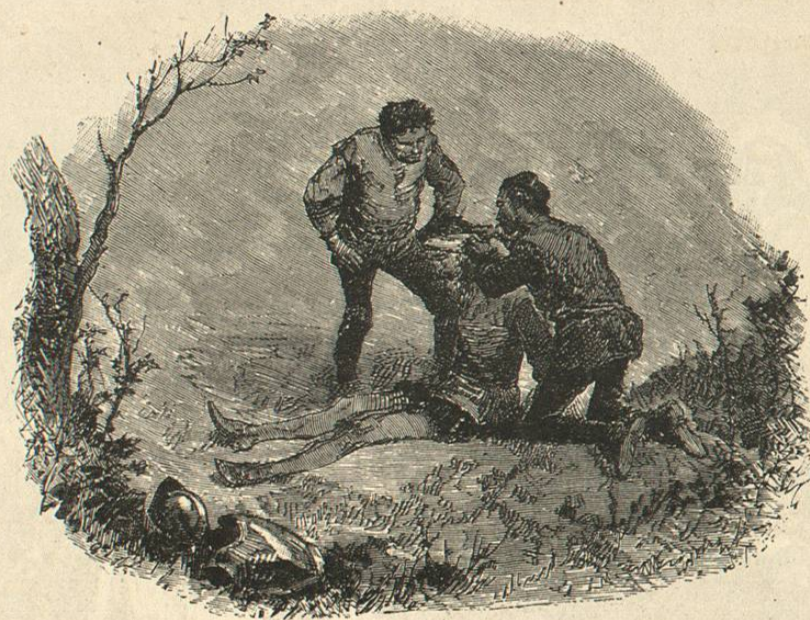
—Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día, no permite que pasen las noches cantando.

—Ya te entiendo, Sancho, le respondió Don Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música.

—A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho.

—No lo niego, replicó Don Quijote, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo eso sería bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester.

Hizo Sancho lo que se le mandaba, y viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondría remedio con que fácilmente se sanase; y tomando algunas hojas de romero, demucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fué la verdad.



## CAPITULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote.

ESTANDO en esto, llegó otro mozo de los que les traían del aldea el bastimento, y dijo:

—¿Sabéis lo que pasa en el lugar, compañeros?

—¿Cómo lo podemos saber, respondió uno dellos.

—Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amor de aquella endiablada moza del aldea, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales.

—Por Marcela dirás, dijo uno.

—Por esa digo, respondió el cabrero; y es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del Alcornoque, porque según es fama (y él dicen que lo dijo), aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y también mandó otras cosas tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo cual responde aquel su gran amigo Ambrosio el estudiante, que también se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto andaba el pueblo alborotado, mas, á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho: y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver; á lo menos yo no dejaré de ir á verla, si supiese no volver mañana al lugar.

—Todos haremos lo mismo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quién ha de quedar á guardar las cabras de todos.

—Bien dices, Pedro, dijo uno dellos, aunque no será menester usar desá diligencia, que yo me quedaré por todos; y no lo atribuyas á virtud y á poca curiosidad mía, sino á que no me deja andar el garrancho que el otro día me pasó este pie.

—Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro.

Y Don Quijote rogó á Pedro le dijese qué muerto era aquél, y qué pastora aquélla; á lo cual Pedro respondió, que lo que sabía era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto á su lugar con opinión de muy sabio y muy leído. Principalmente decían que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decía el cris del sol y de la luna.

—Eclipse se llama, amigo, que no cris, el oscurecerse esos dos luminares mayores, dijo Don Quijote.

Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo: Asimismo adivinaba cuando había de ser el año abundante ó estil.

—Estéril querréis decir, amigo, dijo Don Quijote.

—Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo que con esto que decía se hicieron su padre y sus amigos, que le daban cré-

dito, muy ricos, porque hacían lo que él les aconsejaba diciéndoles: "Sembrad este año cebada, no trigo; en este podéis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla de aceite, los tres siguientes no se cogerá gota."

—Esa ciencia se llama *Astrología*, dijo Don Quijote.

—No sé yo como se llama, replicó Pedro, mas sé que todo esto sabía y aun más. Finalmente, no pasaron muchos meses después que vino de Salamanca, cuando un día remaneó vestido de pastor con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traía, y juntamente con él se vistió de pastor otro su grande amigo, llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios. Olvidábase de decir como Grisóstomo el difunto fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacía los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decían que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improvisos vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podían adivinar la causa que les había movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredero en mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor y en gran cantidad de dineros; de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto; y en verdad que todo lo merecía, que era muy compañero, y caritativo y amigo de los buenos, y tenía una cara como una bendición. Después se vino á entender, que el haberse mudado de traje no había sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela que nuestro sagal nombró denantes, de la cual se había enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiérosos decir ahora, porque es bien que lo sepáis, quién es esta rapaza; quizá y aun sin quizá no habréis oído semejante cosa en todos los días de vuestra vida, aunque vivais mas años que sarna.

—Decid Sarra, replicó Don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero.

—Harto vive la sarna, respondió Pedro; y si es, señor, que me habéis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.

—Perdonad, amigo, dijo Don Quijote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive más sarna que Sarra; y proseguid vuestra historia, que no os replicaré más en nada.

—Digo pues, señor mío de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, aun más rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amén de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos; no parece sino que ahora la veo con aquella cara que del un cabo tenía el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que